

---

PANEGÍRICO  
DE SAN FELIPE BENICIO.

---

*Accede, et adjuuge te ad currum istum.  
Date prisam, y arrímate á ese carruaje.  
(ACT. APOST. VIII, 29.)*

Admirable se muestra en gran manera la bondad de Dios y su benéfica providencia, en los medios de que se sirve en la conduccion y guía de las almas en su Iglesia. Todo lo dispone de un modo conveniente al orden y conjunto general de ellos, y análogo á la naturaleza, inclinaciones y libre albedrio del alma, que ha predestinado para realizar sus planes providenciales. Si en alguna cosa se muestra la omnipotencia de Dios y su sabiduría infinita, de una manera en alto grado sorprendente á la humana capacidad, es en las relaciones místicas del alma para con Él. Dios deja al alma enteramente libre; contentase con enviarle socorros, más ó ménos abundantes, luces más ó ménos brillantes, y espera que ella obre. Muy lejos de coartarle su libertad, muy lejos de hacer la menor violencia á sus inclinaciones, parece que, al contrario, jamás goza el alma de mayor libertad que cuando se abalanza al seno maternal del amor divino, al regazo de la divina Providencia.

Razon tiene, pues, católicos, nuestra santa madre la Iglesia, de exclamar con santo trasporte de admiracion: «¡Oh Sabiduría increada, que procedente de la boca del Altísimo, todo lo abraza y arregla de un cabo de la creacion al otro, disponiendo todas las cosas con suavidad, que nada hace de violento, pero con fuerza indefectible, que todo lo alcanza y obtiene infaliblemente.» Y en efecto; recorred la historia de la santa Iglesia, esposa del Cordero. Al principio, nada vereis de más sencillo, de ménos complicado: comparad sus primeros años de vida pública con los últimos siglos en que nos hallamos. ¡Cuántas nuevas instituciones, cuántas y cuán diferentes leyes, ordenanzas, prácticas y ceremonias! La fé, la doctrina, el dogma, el Evan-

gelio son los mismos; pero las necesidades y las conveniencias sociales han exigido ese crecimiento, ese aumento de la economía y administracion de la Iglesia. No hay una sola institucion eclesiástica, que no haya sido, ó revelada, ó dictada por la más exquisita y prudente sabiduría, ó bien por la más imperiosa necesidad.

Pero, en donde se ve más patente esta marcha divinamente sábia y prudente, es en la fundacion ó en la reforma de las Órdenes regulares. No hay una, que no haya sido divinamente inspirada; no hay una sola, que no haya correspondido á una necesidad mística de nuestra santa Iglesia. Sin embargo, á pesar de esta real y efectiva necesidad, la Sabiduría divina ha dejado obrar al hombre. El Santo, encargado de Dios para tan altas funciones, ha obrado con tan entera libertad, que puede muy bien decirse, que Dios, al parecer, se oponia á su discrecion en la ejecucion de los designios que sobre él tenia. Admiremos la infinita bondad y dignacion amorosa de Dios, que tan propicio se muestra á favor de sus criaturas.

Grande habia sido en todos tiempos la tierna devocion de los fieles á la santísima virgen Maria: se habian venerado en todos tiempos sus Dolores; los más mínimos pormenores de su sagrada vida se celebraban con la más interesante piedad. Sin embargo, todavia no habia un cuerpo público, un Instituto religioso, que estuviese especialmente consagrado á la continua veneracion de los acerbos dolores, que nuestra amantísima Madre padeció en su corazon sagrado durante la vida, pasion y muerte de su divino Hijo Jesucristo nuestro Señor. Estaba reservado á siete patrios honrados de Florencia, el ser los instrumentos de que la divina Providencia se valió para la institucion de un Orden de Siervos de Maria, cuya ocupacion y ejercicio principal fuera el de venerar sus sagrados Dolores. El Orden santo estaba fundado: todo iba bien; sin embargo, se notaba que faltaba algo para dar alma á tamaña empresa. Pero hé aquí que un jóven noble, rico, que habia estudiado con fruto la medicina, entra en una capilla que pertenecia á un pequeño hospicio de los nuevos Siervos de Maria. Este jóven es Felipe Benicio; entra á oír misa, y sale de ella movido interiormente: pide el hábito; como se sabe que no tiene carrera eclesiástica, se le admite como lego. Felipe admite gozosísimo, y se cree en alto grado dichoso porque es admitido á ser siervo de los Siervos de Maria.

Pues bien, católicos: este humildísimo siervo de los Siervos es el destinado por Dios para obrar grandes maravillas. Para vuestra edificacion, hé aqui la proposicion, objeto de vuestra piadosa atencion. La santísima virgen Maria escoge á Felipe para gloria del Orden de sus

Servios, y para ornamento de la Iglesia universal. Pidámos ántes los auxilios de la gracia: *A. M.*

Desde que nuestro divino Redentor nos hizo el precioso legado de su Madre, constituyéndola Madre nuestra en el árbol sacrosanto de la Cruz, por aquellas misteriosas palabras: *Mulier, ecce filius tuus*, los fieles todos no han cesado de tributar á María el culto que la es debido como Madre de Dios-Hijo, y como Madre nuestra. La Iglesia misma desplega la mayor pompa siempre que se trataba de honrar á nuestra divina Madre; y no se ofrecia ocasion ó circunstancia oportuna que no aprovechase, para manifestarle la tierna piedad de que debía ser objeto por parte de los cristianos. Allá, en el Oriente, habia ermitaños santos y fervorosos para con la augusta Madre del Salvador á la cual veneraban, y á cuyo culto se dedicaban en el monte Carmelo. Falta, sin embargo, una Orden especial, que, canónicamente establecida, estuviere principalmente consagrada al culto y veneracion de la santísima Virgen, en la piadosa memoria y contemplacion de sus sagrados Dolores. Y con efecto, católicos: si Jesucristo nuestro Señor nos engendró en la Cruz á fuerza de dolores; si lleno de misericordia para con nosotros quiso que su santísima Madre fuese tambien como una Corredentora del hombre caido; si quiso que su santísima Madre padeciese dolores, y dolores amarguissimos, para elevarlos al grado de merecimientos por nosotros pecadores; ¿no era muy justo y natural, que cuando la Iglesia hubiese echado raíces en el seno de la humanidad, hubiese en ella una Orden especial, cuyo objeto fuese el de ejercitar la piedad cristiana en la meditacion de las angustias y dolores de nuestra amantísima Madre?

De esta suerte, y solo de esta suerte, parece llenarse cumplidamente la tierna solicitud filial del hombre redimido para con la Madre augusta del Redentor; las miras de la Iglesia en su solicitud por el culto de María. El año mil doscientos treinta y tres, Siete patricios de entre los más nobles é ilustres de la ciudad de Florencia, miembros todos ellos de la célebre cofradía de los Laudiosos ó Alabadores, dirigian sus alabanzas y súplicas á la santísima Virgen, su abogada y patrona, en el día de su gloriosa Asuncion á la Gloria, cuando hé aqui, que, repentinamente, se les aparece la misma santísima Virgen á cada uno en particular, ordenándoles abandonen en seguida los honores del siglo y todas sus riquezas, y se retiren del mundo para servirla con mayor fervor y pureza. Apenas hubieron terminado sus ejercicios, se comunicaron mutuamente esta aparicion tan sorprendente: en el espacio de veinte y tres días venden sus bienes, cuyo producto

distribuyen entre los pobres y en obras pías, renunciando á todos los cargos públicos que ejercian, y se retiran á vivir en una casita pobre no léjos de la ciudad? Ciertos prodigios obrados á su favor, dieron á conocer al pueblo que este proyecto venia de lo alto, y que la santísima Virgen tomaba la empresa por su cuenta. En cierta ocasion en que estos santos fundadores solitarios entraron en Florencia á unas solemnidades piadosas, el mismo Felipe Benicio, de solo cinco meses de edad, prorumpió milagrosamente á vista de aquéllos: «¡Estos son los Siervos de María! ¡Estos son los Siervos de María!» Milagro, preludio de lo que un día seria este santo niño.

La humildad de estos santos ermitaños se contentó por entónces con vivir retiradissimos en su soledad: la santísima Virgen, sin embargo, que todo lo iba preparando convenientemente, inspiró al bienaventurado obispo Ardingo, el ceder á los nuevos ermitaños todo el monte Senario, que era una soledad vasta y retirada, y que podia ofrecer recursos para el cultivo y trabajo manual. Trasladados los siete santos ermitaños al monte Senario, se entregaron con nuevo ardor á los rigores de la vida solitaria; pero sin atreverse ni aún á pensar en establecer un Orden regular, ó una Congregacion, contentándose con santificarse más y más. Pero los prodigios fueron tales y tantos, que por fin, su profunda humildad tuvo que ceder á las órdenes del Cielo: porque en un día de viernes santo, que en aquel año caía en el veinticinco de marzo, cuando los santos ermitaños estaban meditando sobre la Pasion del Salvador y los Dolores de su santísima Madre, se les apareció esta Señora, mandándoles fundasen una Orden en su honor, llamándose sus Siervos, bajo la regla de S. Agustín, y adoptando el santo hábito que la Virgen santísima les mostró. Este prodigio tan claro y evidente desvaneció toda incertidumbre, toda pusilanimidad; y conociendo que era voluntad del Cielo la fundacion de un Orden de Siervos de María, y que ellos habian sido los escogidos para tan árdua empresa, se conformaron á tan celestiales disposiciones.

Mientras todas estas cosas se pasaban en Florencia, el jóven Felipe, después de haber concluido en aquella ciudad el estudio de las humanidades, fué enviado por sus padres á París para estudiar medicina. El jóven estudiante, sin faltar en nada á sus devociones diarias, adelantaba mucho en sus estudios; y sus padres lo enviaron despues á Pádua, célebre universidad en aquella época, en donde terminó los estudios de la facultad de medicina, y recibió todavía muy jóven, la borla de doctor. Terminados, pues, sus estudios, regresó á sus hogares paternos, con el corazon tan puro y santo como habia salido de ellos en el principio de su carrera.

Apénas regresó de Pádua, se puso á meditar seriamente sobre el camino que debía emprender. Temeroso de Dios, celoso por su gloria, y solícito de su propia salvacion, queria saber cual era el camino por el que Dios queria conducirle; queria conocer cual era su santísima voluntad acerca de sí mismo. Leccion muy útil y llena de instrucciones. El virtuoso jóven se constituyó en la más perfecta indiferencia: camino seguro para no errar. Sabía que su corazón experimentaba una extrema repugnancia por el mundo, sus pompas, riquezas y honores; y así, decretó huir de él por todos los medios que estuvieran á su alcance. Muy pensativo andaba nuestro Santo en su importante resolucion futura, cuando un día, jueves de Pascua, entró á oír misa en una capillita de los hermanos Servitas, ó Siervos de Maria, delante del altar de la Anunciaci6n. Suplicaba nuestro piadoso jóven á la santísima Virgen con el mayor fervor, le diéra á conocer el Orden religioso que debía abrazar. En esto principia la santa misa, que nuestro Santo se puso á oír con la mayor devocion. En ese día, debéis saber, católicos, que la epístola de la misa contiene la historia de la conversi6n y bautismo del eunuco de la reina de Candacia, por el apóstol S. Felipe.

Cuando el sacerdote, celebrante, llegó á este pasaje de la epístola: «Felipe, vén, y acércate á este carro;» la santísima Virgen se le apareció sentada en una carroza dorada, presentándole un escapulario negro con estas palabras ó inscripci6n: «De los Siervos de Maria;» y llamándole hacia la carroza. En la noche siguiente una segunda aparici6n vino á confirmarle la primera. Púsose el Santo en oraci6n al anochecer, y permaneci6 en ella hasta más allá de media noche, con el mayor fervor, pidiendo á la santísima Virgen le hiciese conocer la voluntad de su Hijo santísimo de una manera clara y decisiva. Estando en oraci6n, tuvo el Santo una visi6n, en la que se le representó hallarse en unos vastos campos desiertos, en donde por todas partes no veía sin6 precipicios, rocas escarpadas, peñascos, gujarros, lodazales, animales venenosos, serpientes, lazos peligrosos, caminos sin paradero. Atemorizado con tal visi6n, se puso á clamar: «¡Socorro, socorro!» y en el momento mismo se le presentó la santísima Virgen Maria, como por la mañana, en ademán de llamarle, y de acercarse á su carroza. La Virgen se le apareció en esta ocasi6n rodeada de ángeles y bienaventurados, y le dirigió las siguientes palabras: «Felipe, vén, y acércate á este carro; y entra en la nueva «sociedad de mis Siervos, de la cual es figura este carro.»

Apénas el día siguiente, viernes de Pascua, amaneció, nuestro Santo se fué inmediatamente á la iglesia de Sta. Maria, en donde re-

sidian unos padres Servitas, para recibir de estos venerables Siervos de Maria la explicaci6n de la visi6n que habia tenido en la mañana y noche del día anterior. Dirigi6se al superior Monfils Monaldo, ante quien se postó humildísimamente, pidiendo le aclarase las apariciones ocurridas y la voluntad del Señor. El santo var6n, inspirado proféticamente, le predijo, que estaba destinado á propagar y encarecer el culto de la santísima Virgen en este nuevo Orden de sus Siervos: que se preparase inmediatamente á ello, y vistiese el santo hábito de la Virgen dolorosa: que ésta era la voluntad de la Santísima Madre de Dios. Tomó, pues, el santo hábito nuestro bienaventurado Felipe en clase de lego, porque su profunda humildad le impidió tomarse el de los padres de coro destinados al sacerdocio. Los Religiosos, sea que no conociesen todo el mérito y capacidad de Felipe, sea que Dios lo permitiese así para probar la humildad de su siervo, le destinaron á la cultura del campo en el monte Senario. Nuestro Santo recibió con gozo indecible el humilde oficio á que le destinaba la obediencia; y lo llenaba tan cumplidamente, como si toda su vida hubieran manejado el azadon, la azuela y el arado unas manos delicadas, que solo habian manejado y abierto libros; acostumbrando de tal manera su espíritu á las modestas ocupaciones del campo con tanta facilidad y alegría, como si jamás hubiera leído libro alguno, ni hecho ningun estudio; y en fin, como si desde la primera niñez estuviera acostumbrado á aquel género de vida.

Parecíale á nuestro Felipe hallarse en el Paraíso desde que entró en Religión. En medio de los trabajos de la cultura del campo y de las tareas anejas á su cargo, su mente y corazón estaban unidos á Dios por medio de una meditaci6n fervorosa, y una presencia de Dios no interrumpida. Destinaba los ratos de desahogo ó recreaci6n á rezar en una gruta situada detrás de la capilla y que le servía de oratorio. Hacía todos los esfuerzos, y tomaba todas las precauciones para ocultar su ciencia; y se recogía interiormente en extremo cuando los demás lo tenían por necio. Pero se acrecaba el momento en que la Providencia divina habia de darlo á conocer á la faz de la Iglesia, y permitió que, en cierta ocasi6n, unos religiosos Dominicos, hospitalados á la saz6n en la humilde casa del monte Senario, entablasen una conversaci6n con nuestro humildísimo lego Felipe: la conversaci6n paró en controversia escolástica; y de controversia vino á ser una polémica muy bien sostenida entre los padres Dominicos y nuestro santo lego. Las respuestas y soluciones que éste dió á las dificultades propuestas por aquéllos, fueron tan oportunas, sábias y prudentes, que los padres Dominicos no pudieron ménos de quedar

admirados sobremanera; y dirigiéndose al religioso superior de la Orden de los Servitas, le dieron á conocer la santidad, ciencia y sabiduría encerradas en el lego Felipe. Los superiores de la Orden, justamente conmovidos de este interesante relato, y viendo en esto la mano de Dios, sin decir nada á nuestro lego Felipe, alcanzan del Papa les permita elevarle á la dignidad del sacerdocio. Pero no fué tan fácil vencer la humildad de nuestro Santo: se resistió cuanto pudo; y solo consintió cuando se le impuso lo tuviese en virtud de santa obediencia. Y así fué elevado al sacerdocio.

Apénas ordenado de sacerdote, fué nombrado definidor general de la Orden; y á los pocos años general de la misma. Su celo, su prudencia y su santidad fueron tales, que su Orden admiró en él un prelado otorgado por el Cielo más bien que elegido por sus Religiosos. Fué celosísimo en la propagacion del culto de María santísima y en la de su Orden; y el Señor dió á conocer la santidad de su siervo obrando milagros por su mediacion. En cierta ocasion tuvo que hacer un viaje el Santo, y encontró en el camino á un pobre leproso cuya vista espantaba: pidió éste limosna al Santo, y no teniendo que darle, se quitó su túnica ó hábito interior, y se lo dió al leproso. Apénas el pobre se puso el manto ó túnica, su lepra desapareció, y quedó repentina y milagrosamente curado de ella. La fama de su santidad y de su prudencia era tal, que cuando la silla de S. Pedro vacó por muerte del papa Clemente IV, el sacro Colegio de cardenales pensó muy sóriamente en elegirlo Papa; lo cual, habiendo sabido nuestro Santo, se ocultó en una gruta, llevando una vida la más áspera y solitaria, para que se le juzgase como muerto, hasta que tuvo noticia de la eleccion del nuevo pontífice Gregorio X. ¡Raro y sublime rasgo de humildad!

Una vez se vió libre de este lance, ó eleccion, nuestro Santo promovió con mayor celo y caridad misiones, sermones, establecimiento de cofradías, y diversas prácticas de devocion á la santísima Virgen María. En su carrera apostólica extinguió los ódios; reconcilió á los enemistados más rebeldes; apaciguó las facciones que trastornaban á la Italia, aligian á la santa Iglesia y hacian derramar lágrimas á los verdaderos fieles; componiendo las desavenencias que habia entre aquéllas, y que tanto lastimaban á la Iglesia como á la sociedad. Lleno de méritos y de virtudes, que todos conocian ménos él, nuestro Santo se fué á presentar al concilio general de Leon de Francia, que á la sazón se celebraba, para pedir á Su Santidad y al Concilio universal la confirmacion de su Orden, que todavía no estaba confirmado. El Papa aprobó solemnemente en el dicho Concilio ge-

neral el Orden de Siervos de María, concediéndole muchos privilegios y gracias. Nuestro Santo, así que obtuvo lo que desde tantos años hacia formaba el objeto de sus ansias, regresó á Italia, y como si presintiese que la hora de su muerte no estaba lejos, quiso visitar todos los conventos de su Orden. Cuando llegó al de Todi, postrado á los piés de un altar, lleno de un celestial alborozo, exclamó diciendo: «Este es lugar de mi descanso para siempre.» Predicó en el mismo dia un sermón sobre los bienaventurados, en que dejó electrizados á los circunstantes, y manifestó que él ya lo era en efecto; tal era la uncion santa, el fuego sagrado con que hablaba, y la elevacion de pensamientos que en el discurso manifestó.

Cayó enfermo de una fiebre maligna, que se le declaró en el siguiente dia de la Asuncion de nuestra Señora. La enfermedad hizo tales progresos, que el 22 de agosto, dia de la octava de la Asuncion, estaba ya en laagonia; y próximo á morir, pidió un crucifijo para meditar en la pasion. Principió á implorar el auxilio del Señor, la proteccion de la santísima Virgen, y la intercesion de todos los Santos, rezando fervorosamente las letanías. Cuando llegó al *Peccatores te rogamus, audi nos*, perdió los sentidos, y se creyó muerto por los circunstantes durante cerca de tres horas; al cabo de las cuales rezó el cántico de Zacarias, y en seguida el salmo *In te, Domine speravi*. «En ti esperé, Señor, y no seré confundido.» Y al llegar al versículo: «En tus manos, Señor, encomiando mi espíritu,» fijando los ojos hácia el Cielo, salió su alma venturosa del cuerpo, dejando á éste como vivo, tal era la dulce emocion con que murió. Los venerables padres y hermanos no pudieron contenerse al ver tal maravilla, y prorumpieron como por un movimiento superior é involuntario, en cantar salmos é himnos, como para celebrar su tránsito, y no respondos como para llorar su muerte. El convento apareció iluminado como al medio dia; un perfume celestial llenó no solo su aposento, sino toda la casa; y la ciudad toda, así como la santa comunidad de los Siervos de María, no cesaban de verter lágrimas de alegría y de pena. De pena, por lo tanto que perdian; de alegría, por lo que ganaban. De pena, porque perdian la presencia de un Santo; de alegría, porque tenían un protector más en el Cielo. Así concluyó la vida del grande Felipe Benicio.

Amados míos en el Señor: no puedo terminar este discurso en honor de tan gran prodigio de santidad, sin epilogar sus virtudes y compendiar la marcha de la divina Providencia en la conducta de nuestro héroe. Quiso nuestro Señor Jesucristo, que su santísima Madre fuese honrada en lo que la hizo compañera de su sagrada Pa-

sion, de un modo especial, y por medio de un Orden regular, cuyo instituto tuviese por objeto especial le santísima Virgen en sus sagrados Dolores. Escogió, primeramente, con este objeto, á los Siete primeros fundadores, y quiso que nuestro Felipe Benicio les sirviese de propagador de un Orden tan santo. Habeis visto que por medios tan suaves, y al mismo tiempo admirables, condujo Dios al jóven Felipe, hasta que por inspiracion y aparicion de su santísima Madre, lo introdujo é hizo compañero de sus Siervos. Os he manifestado los medios de que se valió la divina Providencia para darle á conocer á la Iglesia, y ponerle á la cabeza de Orden tan ilustre. Sabido tenéis, las maravillas y milagros que el Señor obró por medio de su sirvo para dar á conocer su santidad. En todo este interesante relato habeis estado viendo la mano del Señor, que todo lo conduce de un modo suave, pero seguro, al cumplimiento de sus designios; en segundo lugar, habeis observado la divina solicitud de nuestro Señor Jesucristo para honrar á su divina Madre. Pues bien, católicos: ¿qué más podré deciros para interesaros á favor de un culto tan tierno, para excitaros á una piedad tan justa, puesto que es la piedad filial más sublime y acendrada para con nuestra santísima Madre? Demos gracias y bendigamos eternamente al Espíritu Santo, porque se ha dignado inspirar en su Iglesia sentimientos tan tiernos, tan celestiales y tan dignos de la augusta Madre de Dios-Hombre, y porque se ha dignado esparcir por toda la Iglesia universal la devocion á nuestra santísima Virgen dolorosa.

Y vos, héroe santo, objeto noble de estos cultos que nuestros corazones os presentan, bienaventurado Felipe, que desde el Cielo nos estais viendo reunidos aquí en derredor de nuestra Madre dolorosa, y en derredor vuestro; dignaos mirarnos con amor y predileccion; alcanzadnos del divino Espíritu, el que contemplemos dignamente la Pasion sagrada de nuestro Señor Jesucristo, y los Dolores de nuestra santísima Madre; alcanzadnos, sobre todo, el que grabándolos en nuestros corazones, sólo vivamos para Jesús, para María, y para gozar con vos de los inefabes gozos de la Gloria. *Amen.*

---

PANEGÍRICO  
DE SAN FELIPE DE JESÚS,

PROTOMÁRTIR MEJICANO,

---

*Gratia Dei sum id quod sum, et gratia eius in me vacua non fuit.*

Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido estéril en mí.

(1 Cor. XV, 10.)

El vastísimo continente americano estaba condenado á la esterilidad para el Cielo. Muchos siglos, lo decimos con dolor, aquellos pueblos yacieron sumidos en las tinieblas de la idolatría; pero, desde que llegaron allí los españoles, la luz del Evangelio lució sobre tan hermosos continentes; los Franciscos Solanos, los Luises Bertranes, los Toribios de Lima, enseñaron á los americanos las virtudes más sublimes con sus palabras y con sus ejemplos; y la América produjo las Rosas de Lima, las Azucenas de Quito, los Felipes de Jesús, y otras muchas y muchas almas santas, que ha trasmitido al Empireo. Hermosas regiones de ambas Américas, que habeis merecido la dicha de formar una parte muy escogida de la santa católica Iglesia, erguid con santa emulacion vuestras nobles cabezas, y mostrad con cristiano orgullo, esos frutos de bendiccion con que el Cielo os ha favorecido. En ningún país de los antiguos continentes del mundo se ha propagado con mayor rapidez la sagrada Religion que en vuestras inmensamente dilatadas comarcas; en ninguna parte ha echado tan hondas raices en ménos tiempo. Es un fenómeno nunca visto en la historia del mundo vuestra pronta civilizacion, vuestra prodigiosa trasformacion religiosa.

Amados míos en el Señor, la solemidad del bienaventurado Felipe de Jesús, protomártir mejicano, nos presenta la materia más dulce, más consoladora y más llena de cristianas esperanzas, de

cuantas pudieran reuniros en este agosto santuario. Cristiana educación; infancia y niñez pasada en una santa sencillez; juventud extraviada, más por lijerza en la voluntad que por perversidad en el corazón; un retorno sincero; un arrepentimiento heroico; una áspera penitencia y un martirio cruelísimo, aceptado no solo con resignación, sino hasta con una alegría celestial, que el heroico y magnánimo espíritu del glorioso mártir no podía disimular: hé ahí lo que suministra caudalosa materia á una vida corta, pero muy llena de útiles enseñanzas.

Me propongo haceros ver en el jóven Felipe de Jesús un campo de batalla, en que á brazo partido luchaban la naturaleza corrompida y la gracia reparadora para disputarse un alma tan preciosa. La gracia triunfó en fin, y logró hacer de un jóven disipado, un ilustre penitente y un heroico mártir. Hé ahí el objeto de mi discurso. En su primera parte, os presentaré á Felipe inocente, extraviado, convertido; en la segunda, os lo haré ver un ilustre penitente, un heroico mártir. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: *A. M.*

La vida del hombre en la tierra no es otra cosa sinó un combate, y un combate continuo, encarnizado, sin descanso; un combate á muerte. El campo de batalla es nuestra flaca naturaleza. Los combatientes son, de un lado, aquel que lleva escrito en su armadura: «Rey de los reyes, Señor de los señores.» En su compañía millares de ángeles asisten reverentes y obedecen sus órdenes. Sus armas son la fé, la esperanza, la caridad, la humildad, el desasimiento de sí mismo y de todo lo que no sea Dios; la castidad, la mortificación. El alférez real de este ejército es el arcángel Miguel; que lleva escrito en su estandarte: «¿Quién como Dios?» Su divisa es: «El amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí mismo.» Hé ahí el ejército de Jesús, nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro Salvador. En el otro lado se halla el soberbio Lucifer, espíritu celestial, que, ofuscado con su grandeza y beldad, se rebeló, ingrato, contra su Criador, conspiró contra su gloria eterna. Siguenle legiones numerosas de demonios, ciertos satélites é instrumentos suyos, que, agitados por las furias de la desesperación, ciegos de orgullo y no respirando sinó destrucción y muerte, le obedecen con horrible fidelidad; y si en algo traspasan los planes satánicos de su caudillo, es para añadir crueldad, malicia é intensidad en la ejecución del mal. Sus armas son el orgullo de la vida, el amor propio, la codicia, la sensualidad. Luzbel es el alférez de estas infernales legiones. En su estandarte lleva escrito: «¿Quién como yo!» Es su divisa: «El amor de sí mismo

hasta al desprecio de Dios.» Diseñado teneis el campo de batalla; dos campeones con sus dos ejércitos: Jesús y los buenos á un lado; Lucifer y los protervos al otro. Una presa ván á disputarse: la batalla vá á comenzar; veamos cual es el objeto, el blanco de este combate.

Por los años 1560, nació en Méjico un niño de padres cristianos y de prosapia españoles; llamábanse éstos: Alonso de Las Casas, y Antonia Martínez, distinguidos por ilustre alcurnia y por sus bienes de fortuna. Pusiéronle por nombre Felipe, y fué bautizado en una de las capillas de la iglesia metropolitana. El niño Felipe, lleno de la gracia bautismal, era un angelito, que no solo llenaba de gozo el corazón de sus padres, sinó que regocijaba á los mismos ángeles por su candor, su simplicidad y su pureza. Sus padres hacían de su hijo todas sus delicias, y se esmeraban en educarle cristiana y santamente. En aquel corazoncito tierno solo moraban la dulzura y el encanto; era una viva mansion de las gracias. ¡Ah, tiernecito y candoroso niño! tu alma pura é inocente desconoce los cuidados; tú duermes tranquilamente en el regazo de tu virtuosa madre, y te dejas mecer sonriendo en los brazos de tu amoroso padre. Lléjos de tí la turbación y la congoja; una dulce sonrisa anima tus lábios, sonrosea tus mejillas, y te hace un ángel de paz, de ventura, de delicias. Infántito é inocente, ignoras que esta era de paz, de ventura y de delicias no será de mucha duración.

Poco á poco, el niño Felipe vá entrando en el uso de la razón. Sus padres le enseñan los rudimentos de las primeras letras: pónenle en seguida en el colegio máximo de San Pedro y San Pablo. Alma cándida del inocente Felipe, tú no sabes, que esperándote está en los umbrales de la razón el pérfido Satanás con sus satélites; el mundo y la carne ván á hacerse sus confidentes formidables, y todos tres se van á conjurar contra tí para hacerte presa del averno. ¡Ah, corazón tierno y puro, lástima tengo de tí al ver los peligros que te cercan! ¡ah, cuántos lazos van á tenderte!

Nuestro jóven Felipe, inexperto y demasiado crédulo á las sugerencias del maligno enemigo, no resiste por largo tiempo. Es atacado á un tiempo por todos lados; teme, vacila, duda; su corazón se deja seducir, y el pecado entra en su alma. Funesta caída que entristece á los ángeles y á los santos, porque ha sido una ofensa á Dios. Lucifer se regocija con esta victoria; sus satélites se sienten envalentados con el primer triunfo, y no contentos con éste se preparan á conseguir otros. En una palabra, la caída del inocente jóven Felipe ha llenado de infernal alegría al campo de Satanás, y de tristeza al campo de Jesús.

Apénas el jóven Felipe cayó de su estado primitivo de pureza y de inocencia, su espíritu se turbó, su corazón se contristó; una guerra viva y abierta de pasiones sucedió á la paz y candorosa calma de sus primitivos años; sentía dentro de sí dos géneos que se disputaban el imperio de su corazón: el géneo del mal, y el géneo del bien. Aquél le impelia á todo lo malo, y lo repelia de todo lo bueno; éste le inspiraba el amor al bien y el horror al mal. Aquél le arrastraba en pós de los sentidos; éste le hacia conocer con santa rigidez de principios el horroroso precipicio á que éstos le conducian. Aquél le cogaba los ojos para que nada viera sinó sus propias ilusiones; le cerraba los oídos para que no oyera las santas y austeras palabras de la verdad, y solo se los abría para lo que le complacia; éste, tomando en su mano el limpio y terso espejo de la verdad, le daba á conocer santas y severas máximas de moral cristiana, le abría los oídos para oír la doctrina evangélica, y le inspiraba un fastidio asqueroso y una repugnancia severa contra las conversaciones sensuales. El géneo del mal trataba de precipitarle en lo más profundo de los inmundos lodazales de la sensualidad; el géneo del bien le representaba al vivo la imágen del Crucificado, que expió en un patibulo nuestros carnales extravíos. En una palabra, el géneo del mal queria arrebatárselo á Dios y entregárselo al mundo; el géneo del bien tendia sin cesar á arrancarlo del mundo, á libertarlo de las garras del leon infernal, y entregarlo á Dios. ¡Atroz lucha! ¡época de congojas y de perplejidades! Tal fué el estado de nuestro jóven Felipe durante los primeros años de su juventud; y ya podeis figuraros, católicos, cual se hallaria una alma que era el blanco de tan encontradas sensaciones.

Yo me figuro á nuestro jóven agitado atrozmente en su espíritu y en su corazón. De un lado, el amoroso Jesús le está disparando á su corazón saetas de amor y de dulzura; le dá á conocer sus yerros; recuérdale su antiguo estado de pureza é inocencia; muéstrale sus brazos acardenalados, su sagrada piel desollada en la columna... sus espaldas ensangrentadas hechas arroyos de sangre... su cuerpo sacrosanto todo salpicado de cruor...; sus manos y sus piés taladrados, y á una cruz clavados con duros clavos...; su cabeza y frente lastimadas, atravesadas por agudas espinas...; su costado abierto con el hierro de una lanza...; su sangre divina vertiéndose á torrentes por sus abiertas venas. Y este amoroso Jesús, mostrando desde la cruz sus llagas, dice á nuestro jóven: ¡Felipe! mi amigo, ¡mira cuánto me cuesta tu alma! Después de esto, ¿me queda algo que hacer por tí?

A tales demostraciones de la gracia enmudece Felipe; el silencio

se apodera de todos sus sentidos; las pasiones callan. El alma suya comienza á verse libre de los lazos que la tenían apegada á la sensualidad, y ya no siente las molestas impresiones de los sentidos. Al través de las luces de la fé, ve á Dios, que le llama á sí, irrevocablemente; conoce á su amado Jesús, que tan amorosamente le habla; renace la esperanza, y sin saber cómo, hallase su alma encendida en vivas llamas de amor divino; y estas llamas, abrasando su corazón, lo derriten en celestial caridad. Lágrimas de sincero arrepentimiento asoman por sus mejillas; el dolor se apodera de su corazón.

Padre mio, dice, pequé contra el Cielo, y pequé delante de Vos. Fui un tiempo vuestro hijo de predileccion; Vos me acariciabais con amor; asentábaisme á vuestra mesa paternal á vuestro lado; asistía á vuestros banquetes, y me alimentaba de Vos; Vos aliviabais mis penas, aligerabais mi carga; yo era el objeto de vuestras delicias, y yo era dichoso en vuestro amor. Seducciones infaustas de un corazón inexperto me han alejado de Vos y privádome de tanto bien. Vos habeis mezclado de ajenos mis placeres, y acibarado mis sensuales delicias para obligarme á volver á Vos; largo tiempo he resistido á vuestro llamamiento. Padre amantísimo de este hijo pródigo, vedme ya á vuestros piés; admitidme, no ya como vuestro hijo, sinó como á uno de vuestros siervos y criados. Miradme propicio, y con esto me hareis dichoso. Usad conmigo de vuestras antiguas misericordias; salvadme, sanadme, y quedaré salvo, quedaré sano. Mis méritos son el no tener ninguno propio; pero, ¡oh Padre Eterno! me ofrece los suyos el infinitamente misericordioso Jesús, mi Salvador y vuestro Hijo; nada le podeis rehusar; y con santo y reverente atrevimiento os los presento á Vos, Padre suyo y Padre mio; me escudo con su pasion; me cubro con el manto de su púrpura. El Eterno Padre recibe la ofrenda del Hijo, y Felipe entra de lleno en la gracia del Señor. Desde este momento lo vereis enteramente trasformado; lo que nos resta decir de su vida es la historia de un penitente santo, que se prepara á ser un dia un santo mártir.

¿Habeis reparado católicos, los fenómenos que se pasan en una comarca cuando la aflige una tempestad, y el estado en que queda pasada ésta? Cuando nada en el ambiente hace prever un trastorno, aparecen en un punto de la atmósfera ciertas manchas al parecer de poca trascendencia; poco á poco, de todas partes del hemisferio ván subiendo y agregándoseles nubecitas en formas de copos oscuros ó cenicientos; una niebla espesa las condensa; y por instantes se vá formando un inmenso nubarrón, que muy pronto cubre al sol, espar-

ciendo negras sombras por los valles. El nublado vá tomando proporciones inmensas, y ya se siente á lo léjos el eco de multiplicados truenos, que se suceden con rapidez. La tempestad está ya sobre nuestras cabezas; un furioso huracan pretende arrancar de cuajo los árboles y sacar de quicio los edificios. Un torrente de aguas se precipita desde las nubes á la tierra. El rayo y la centella caen sobre las altas cimas; la tormenta amenaza acabar con todo... el espanto se esperece por todas partes... y solo del Cielo puede venir socorro. Pero el Dios, que ha criado la naturaleza y la conserva, envía un céfiro suave, que en un momento disipa las nubes; el cielo se muestra placentero; la atmósfera recobra su pureza; las aves vuelven á poblar el aire; y la tierra, como si la borrasca y el trastorno de los elementos no hubieran sido sinó un amago de correccion amorosa, un castigo de enmienda, se presenta más halagüeña, más fértil, más dócil al cultivo del agricultor. Amados míos en el Señor; cuando despues de haber pasado nuestros primeros años en la inocencia y pureza de vida, viene á oscurecer el horizonte de nuestra alma y á sembrar la desolacion en el campo de nuestro corazon la negra tormenta de las pasiones, todo parece descuajarse de quicio en nuestro sér; el huracan impetuoso de las pasiones arroja al desmantelado bajel de nuestra alma á la alta mar, y parecenos estar á pique de ser anegado en una inmensidad de profundas aguas. Cuando todo parece perdido en el bajel de nuestra alma, el soplo de la divina gracia trasmonta á lejanas regiones los dañinos nubarrones, y hace desaparecer la tormenta. Nuestra alma se serena é inundada de gozo, conoce los peligros en que se ha hallado, y los escollos en que se hubiese precipitado sin remedio; si una mano todopoderosa no la hubiera libertado. Entónces entrégase toda sin reserva en las de su divino bienhechor, júrase suya; y sabiendo que á Él y solo á Él le debe una vida, que hubiera perdido sin remedio, se la consagra entera á Él.

Así procedió nuestro Felipe. Apénas los rayos de la divina gracia penetraron en su corazon, infundiendo en él esa divina llama, que alumbray que calienta; ese santo arrepentimiento, que tan dichosamente trasforma las almas; resolvió consagrar toda su vida á Dios, y ofreciéndole sin reserva todas sus acciones, todas sus palabras, todos sus pensamientos. Empeñó una vida penitentsima, y ejercitábase en todo género de prácticas de perfeccion cristiana. Tocado de Dios, se sintió vivamente impulsado á ser Religioso de la Orden de S. Francisco de Asis. Hallábase á la sazón nuestro Santo en Manila, y pidió el hábito de esta seráfica Orden. Admitido, pasó su noviciado siendo la admiracion de todos por su santidad; en su profesion solemne, emitida en

22 de mayo de 1594, mudó su apellido de *Las Casas* por el nombre sacrosanto de Jesús. Desde entónces, no era ya Felipe, sinó Jesucristo quien vivía en él; en todas sus acciones, en todas sus palabras trataba á Jesús; su interior era el interior de Jesús. Su fervor se aumentaba cada día; su caridad se manifestaba de más en más; y su humildad fué tal, que no contento con los superiores que la regla le señalaba, elegía como fiscal de su conducta á un compañero fiel, que le reprendiera con aspereza y castigara con dura penitencia sus menores faltas.

Imposible nos es, amados míos en el Señor, el conocer todo lo que se encerraba de grande, de asombroso, de sentimental y de sublime en la heroica conversion del beato Felipe de Jesús. Para ello seria necesario que estuviésemos animados de su espíritu, y enardecidos de su divino amor, y penetrados como él de tan verdadero arrepentimiento. Con lo poco que os llevo dicho podeis columbrar algo de lo mucho que decir podria; pero, desesando referiros la circunstancia más notable de su vida, á saber, el martirio glorioso que la coronó, me veo bien á mi pesar en la necesidad de pasar por alto muchas acciones gloriosas, que le hicieron tan grande en los pocos años que mediaron entre su conversion y su martirio, que apénas llegaron á tres.

Los ilustres progresos que nuestro Felipe de Jesús habia hecho en la carrera, no ya de la perfeccion de la vida religiosa ordinaria, sinó de la heroica santidad, llamaban la atencion de todos los fieles; y la noticia de ellos, venciendo distancias y atravesando mares, llegó desde Manila hasta Méjico, con una rapidez increíble, á pesar de lo escaso y dificil de las comunicaciones en aquel tiempo. Cuando los ancianos y virtuosos padres de nuestro Felipe tuvieron conocimiento de la prodigiosa mudanza de su tan llorado como querido hijo, quedaron sus corazones tan inflamados de ser testigos de la santidad de éste, que no dejaron piedra por mover para que Felipe viniese á ser conventual de un convento de su Orden en Méjico. El Comisario general de la Orden expidió una patente á Manila, por la cual mandaba, que Felipe viniese á Méjico para recibir los sagrados órdenes. Llega este despacho á Manila, y Felipe, sometiéndose inmediatamente á la órden de su superior, se embarca desde luego en el primer buque que se ofreció, el cual, dedicado á S. Felipe, parecia pronosticar la felicidad que le aguardaba. Hizose á la vela el 12 de julio de 1596, en el puerto de Cavite, con varios pasajeros. Iba Felipe en la nave con tal fervor, caridad y recogimiento como si estuviera en su celda; ejercitábase en todos los más heroicos ofi-

cios de la cristiana caridad, ya reconciliando á unos, ya consolando á otros, ya socorriendo á los menesterosos, ya cuidando á los enfermos. Catorce días llevaba nuestro Felipe de navegacion, cuando se levantó la mar en deshecha borrasca: rompióse el timon, abrióse el casco, y la gente toda, sumergida en la pena más amarga, consultaba incierta si se regresaría á Manila, ya demasiado lejana, ó si arribaría á las costas del Japon, distante cosa de ciento y cincuenta leguas. En medio de esta consternacion general, nuestro Felipe, magnánimo é imperturbable, sereno y alegre, alentaba á todos, y exhortaba á la santa resignacion á la voluntad de Dios, y á la confianza en El. Tomó en fin la tripulacion el partido de dirigirse al Japon; y mientras seguian aquel rumbo con el agua á la garganta, y sustentándose los contristados pasajeros con el pan de la tripulacion, vino de nuevo á turbarlos un prodigio. Dejéose ver en el cielo una cruz blanca y resplandeciente por espacio de un cuarto de hora; la cual, mudando de color, se puso roja como sangre, y por fin desapareció cubierta con una nube negra. Despues de algunos dias de muchas penas y trabajos, aportó el desmantelado bajel al puerto de Hurtando en el Japon. Nuestro Felipe fué nombrado por los pasajeros embajador cerca del emperador de este imperio. Mas apenas sentó el pié nuestro Felipe en la isla, cuando principió á experimentar los más groseros y crueles tratamientos. Sufriólos, no solo con paciencia, sino hasta con alegría; y ya desde entónces tenia el dulce presentimiento de la suerte que la divina Providencia le tenia deparada.

Pudo, sin embargo, llegar á Meaco, donde se hallaba el comisario de la Orden de S. Francisco, que le recibió con amor, y á quien instruyó de lo que pasaba en su desgraciada tripulacion. Luego que nuestro Felipe acabó su relato, y cuando se disponia á dejar el convento para ir á visitar al emperador, se observó cercado repentinamente todo el edificio por órden del mandarin, quedando así presos nuestro Felipe, el comisario, tres religiosos franciscanos, y doce japoneses cristianos que vivían en el convento. En tal estado permanecieron durante el mes de diciembre; los compañeros todos, y en especial el padre comisario, rogaban á Felipe se libertase, gozando de la inmunidad que tenia por leyes ó costumbres del país; y que, además, su nombre no estaba inscrito en la lista de los presos. Nuestro Santo, que deseaba ardentemente el padecer por Jesús, y aún más el dar su vida en su defensa, escandalizado como Jesucristo cuando S. Pedro quería persuadirle á que no muriese, respondió á todos con admirable entereza y resolución: «No permita Dios que mis hermanos estén presos y yo en libertad; de mí será lo que de ellos

fuero.» Caritativa respuesta, que no permite separarse de sus hermanos ni en vida ni en muerte. ¡Oh hermosa caridad fraterna! ¡Oh celestial y santa hermandad, que prefiere la muerte cierta con sus hermanos á una libertad sin ellos! El día 30 de diciembre, cuando nuestro Santo y los demás religiosos estaban en el coro rezando visperas, se presentó un comisionado con mucha gente armada para conducirlos á la cárcel, algo distante de la ciudad. Nuestros generosos atletas, con el padre comisario delante, que tomó el Crucifijo del coro para ir de guía como capitán de aquella piadosa tropa de mártires, fueron con ducidos á la iglesia, en donde se les dejó atados con crueldad, en medio de las mayores afrentas y desprecios. Nuestro Felipe, con sus ilustres compañeros, entonó delante del altar el *Te-Deum*; y para solicitar la proteccion de la Reina de los mártires, entonó, además, el himno: *O gloriosa Domina*. Otros santos confesores estaban ya en la cárcel, entre los cuales habia varios religiosos y japoneses cristianos.

Apénas se reunieron en aquel lugar de penas los santos confesores, cuando todo se convirtió en alegría. Animándose mutuamente cada uno con las virtudes de los otros; no se oían sino bendiciones y cánticos, con que todos se preparaban á un sacrificio voluntario. Pasados de esta manera seis dias, trasladaron á nuestro Felipe y sus santos compañeros de la cárcel al cadalso, para dar principio á la ejecucion de la sentencia, con cortarles, ántes de sufrir la última pena capital, la oreja izquierda y la nariz en señal de infamia. Concluido este primer sacrificio, y habiendo comenzado á derramar su sangre por tan justa causa, los volvieron á la cárcel, de donde los sacaron en breve para conducirlos por penosos caminos, durante treinta dias, desde Meaco á Nangazaqui, á consumir su oblation. Atravesaron populosas ciudades y lugares, predicando siempre con las voces y con la alegría de sus semblantes la verdad de la religion por la cual iban á morir. Nuestro Felipe no cesaba de agradecer á Dios este tan señalado beneficio, de ofrecerle su vida en satisfaccion de sus pecados, en honra de la fé, y en mayor gloria de Dios. Proporcionósele muchas veces ocasion de separarse de la comitiva destinada á la muerte; más nunca quiso admitir tal oferta, ni condescender con las súplicas que se le hacian para librarlo.

Al cabo de unos treinta dias de fatiga y de dolor, llegó nuestro Santo con sus ilustres compañeros á Nangazaqui, con más ansia de perder la vida por Dios, que la que tenian sus tiranos de quitársela. Destinóse una loma ó cerro bajo para la ejecucion del suplicio, y habia ya en él prevenidas veinte y seis cruces, en que habian de

quedar pendientes los cuerpos; preparadas estaban además agudas lanzas, con que habían de atravesarse sus costados. Cuando nuestro Felipe vió su cruz, se arrojó delante de ella, y deshecho en lágrimas, la saludó con el mayor entusiasmo, exclamando en alta voz: «¡Oh dichosa nave! ¡Oh feliz galeón de S. Felipe, que te perdiste para que se ganase este Felipe! ¡Oh pérdida, no pérdida para mí, sino la mayor de las ganancias!...» Iba á continuar su tierno y santo coloquio; mas los duros tratamientos del verdugo se lo impidieron. Para que no pudiese continuar hablando, ni exhortar así á los demás, amarraron su cuerpo con cinco argollas á la cruz, colocando una de ellas al cuello, dos á los brazos y dos cerca de los piés en las espinillas. Empero, fuera descuido ó fuera refinada malicia, las medidas se erraron de manera, que al levantar el cuerpo en el aire, corrió el cuerpo hácia abajo por su peso natural, y se arrolló el cutis de las espinillas hasta descubrirse los huesos; desuniéronse las coyunturas; y quedó tan apretada la garganta, que se iba sofocando por momentos. El cruel tirano, para no ahorrar ningún género de dolor á nuestro Felipe, dió orden para que con dos lanzas le atravesáran los costados, haciendo salir las puntas por los hombros del lado contrario; y en medio del cuerpo de Felipe, únicamente, hizo clavar una tercera lanza que suspendiera el cuerpo hasta dejarlo en su lugar. Traspasado de esta suerte con tres lanzas, invocó tres veces el dulce nombre de Jesús, y le entregó su dichoso espíritu. Así acabó su vida el ilustre protomártir mejicano; el beato Felipe de Jesús, gloria de su patria, primicias de las Américas, honra del seráfico Orden del gran Francisco, y portento de penitentes.

Su ejemplo nos muestra, católicos, que jamás es tarde para nuestra conversión, ni que jamás nos falta el tiempo necesario para santificarnos. Muéstranos además el ejemplo del bienaventurado Felipe de Jesús, que una vez convertidos sinceramente á Dios, y arrepentidos de nuestra pasada vida, es indispensable el emprender otra nueva, caminando de virtud en virtud, hasta llegar á la cumbre del monte santo, ya que por nuestros extravíos habíamos ido de vicio en vicio, hasta ponernos al borde del eterno precipicio, de que solo nos ha salvado la misericordia divina. Una vez convertidos, no volvamos la espalda, porque no es apto para el reino de los Cielos el que habiendo una vez puesto la mano en el arado, vuelve la vista atrás. Animo, pues, católicos; no hay que desmayar. Si el tentador os sugiere el pensamiento de que es tarde, respondedle con lo que la gracia hizo en nuestro héroe.

Y vos, augusto mártir, primicias de la santidad del martirio que

Méjico pagó al Cielo, bienaventurado Felipe de Jesús; vos, que arrojado providencialmente sobre las costas del Japón, fuisteis á recibir la corona de púrpura celestial, con que el misericordioso Señor quería honraros y honrar á vuestra patria; desde ese trono que ocupais en el Empero, miradnos con amor; con ternura, con piadoso interés. Pedid por nosotros; pedid por la prosperidad pública y privada; pedid para que, despues de haber amado y servido á Dios, y venerado vuestra memoria en la tierra; merezcamos la gracia de poseerle en vuestra compañía en la Gloria. *Amén.*

---

PANEGÍRICO  
DE SAN FELIPE NERI.

---

*Optavi, et datus est mihi sensus, et invocavi, et venit in me spiritus sapientior.*  
Deseé yo la inteligencia, y me fué concedida; invoqué el espíritu de sabiduría, y se me dió.

(SAP. VII, 7.)

El siglo XVI fué el siglo de los Santos, fué el siglo de la santidad ilustrada, de la virtud alegre y hermosa. A la cabeza de tantos denodados atletas de la fé y de la piedad que brillaron en aquel siglo, figura como director, jefe y padre un venerable anciano, porque anciano fué desde niño; un prodigio de sabiduría, un gigante de virtud, casi desde la cuna; el asombro de los siglos por su amor á Dios y al prójimo; un serafín ardiendo en caridad, la misma caridad y el espíritu de Dios personificado; ¡el gran Felipe Neri! Su nombre, célebre por sus obras, de que no se encuentra semejanza en la larga série de los tiempos, hasta y sobra para tener formado su panegirico. No marchó Felipe Neri por las sendas comunes de la virtud, nó; todo en él fué heroico, grande, extraordinario. Tocó desde luego en la cuspide de la perfeccion; se unió con Dios intimamente, y le fué su amigo, el idolo de su alma. Conoció y tuvo un gran deseo, el de la sabiduría divina, y se le comunicó su inteligencia; pidió é invocó la ciencia de Dios, y le fué concedida.

Como hombre particular, fué modelo de honradez, desprendimiento y virtud; como sacerdote, fué el mejor ejemplo, la imágen viva de Jesucristo; y á todos nosotros puede con razon decirnos como el Apóstol: «Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo.» Con una fé más pura é iluminada que la de Abrahán y Moisés, con una caridad más ardiente que la de David, con celo más decidido que el de Finees, con un interés tan constante por la santificación de las almas como el de un apóstol, su vida toda fué para Dios y para sus prójimos. En todos

sus pasos resplandece y preside un no sé qué de divina inteligencia, que, en verdad puede decirse, que fueron todos dirigidos por la sublime ciencia de Dios; y que desde luego le ilustraba la luz de la Gloria. Grande con los grandes del mundo, pequeño con los pequeños, siempre dulce y amable con todos, se hacia todo para todos, para ganarlos á todos en Jesucristo. Sus grandes pensamientos de honor y gloria para Dios, de provecho y virtud para sus hermanos, de engrandecimiento y decoro para la Iglesia, se desplegaron en la fundacion de santos institutos, que serán siempre la admiracion de los ángeles y de los hombres. Entendió, pues, mejor que nadie los profundos arcanos de la eterna sabiduría; en premio de su inteligencia se le comunicó el espíritu de la misma sabiduría, y con él obró en el establecimiento de monumentos eternos, que revelarán siempre lo sublime de su misma ciencia. *Optavi, et datus est mihi sensus.*

Vasto es, señores, el plan que me propongo, más acomodado para desarrollarlo con dignidad en una obra de teología mística, que en los reducidos limites de un discurso. Sin embargo, yo procuraré estrecharme á mi mismo, y rebajar la altura de las ideas hasta que se proporcionen á la inteligencia de todos. Proharé, que las virtudes de Felipe Neri fueron animadas por la divina sabiduría; y que en premio de ellas, el Señor le comunicó la sabiduría misma; más claro: primero, lo que hizo Felipe por su Dios; segundo, lo que Dios hizo por Felipe. *A. M.*

El que se ha de dedicar á la ciencia de Dios debe desprenderse de todas las cosas de la tierra; para eso es preciso seguir á Jesucristo, precediendo la renuncia de todo y hasta de si mismo, segun el Evangelio. Arrastrarse por el polvo, envolverse en el fétido lodazal del mundo, implicarse en sus negocios, apreciar lo que él ama, y sentir lo que él siente, está en manifiesta oposicion, y destruye la ciencia de Dios, ó, al ménos, intercepta las sendas que á ella conducen. Así, hermanos míos, yo paso en silencio todas las vanas é ilusorias grandezas que por aqui halagan á los hombres, cuando hablo de un justo, que sin haber subido como S. Pablo al tercer Cielo, penetró desde la cuna los profundos arcanos que no puede explicar el hombre. Felipe Neri, desde niño, no se contentó con ser bueno, quiso tambien ser perfecto. Él pedía y deseaba de Dios la sabiduría, y su verdadera inteligencia, para aprovecharse á si mismo y para aprovechar á sus prójimos, y le fué otorgada. Él, aunque niño, ya desplegó conocimientos admirables y profundos en la virtud, que apenas otros han podido obtener al cabo de fatigas y largos años. Yo encuentro en los prodigios

de la divina gracia ciertos arcanos ó misterios, que se refieren bien siempre, pero nunca se explican, así como los veo en más humilde escala en las obras de la naturaleza. Que el inmán tenga una vehemente atracción á los metales; que en ciertos parajes del globo haya volcanes perpetuos; que las aguas del mar conserven una amarillencia imperdible, son misterios que se ven y que los físicos no explican ni conocen las causas. Del mismo modo, que Felipe Neri en tierna edad rompa el árbol de su ilustre genealogía, que abandone la herencia de su tío en S. German, y que sin dar el último adiós á sus padres, se vaya á Roma para vivir pobre y desconocido, son prodigios de la gracia, que solo Dios, que los obró, nos explicaría las causas.

Con efecto, así sucedió: á Felipe Neri le cupo en suerte una alma buena, que se elevó sobre sí misma al sumo ápice de la perfección. Para él no hubo nunca más que Dios y su amor. Al mismo tiempo que entró en Roma despojado de todos los afectos terrenos, y dado un libelo de repudio á ese mismo mundo falso, engañoso y perverso, reducido á una estrecha, pobre y humilde habitación, que le dieron de limosna al que despreciaba una rica fortuna, contento por espacio de muchos años con el mísero alimento de pan y agua, nada más, se dedicó á nutrir su alma con el sólido manjar de la ciencia divina. Ya estaba bien informado en la literatura y humanidades; ya podía con despejo enseñar la retórica, lenguas y filosofía; pero, llamado, como lo era, indudablemente, al ministerio sacerdotal, procuró estudiar teología y ciencias eclesiásticas; y lo hizo con tanto esmero y aplicación, que en breve salió el más aventajado. Entre tanto no se desentendía ni excusaba del cuidado de su alma: las noches las invertía en la visita de las siete iglesias; y el resto de los días despues de sus estudios, en la iglesia de S. Jerónimo de la Caridad, siempre en oración, en cuyo santo ejercicio se formó como una segunda naturaleza. El estudio he dicho, ¡Ah, á los piés de Jesús crucificado era donde lo hacía! Éste era su gran libro; y en la fuente perenne é inagotable de las misericordias de este Señor, en la meditación de los años eternos, aprendía aquella sublime ciencia, que despues desplegó para la salvacion de las almas. Sus virtudes le hacían tan dulce, sencillo y amable, que entre sus compañeros mereció el honroso título de Felipe el bueno.

Cansado de la compañía de los vivos, se retiró á aprender á morir con los muertos, en las catacumbas de los Mártires y en la iglesia de S. Sebastian. Allí, desahogando á solas con su Dios todas las ternuras de su amor, y olvidándose hasta de sí mismo, derramaba su alma anegada en espirituales delicias, de que el Señor le inundaba y absorbía como en un mar inmenso é insondable. Enemigo por instinto de todo

lo que podia halagar la vanidad y el orgullo, vendió todos sus libros y repartió su precio á los pobres; y para socorrerlos, no solo pedía para ellos, sino que los escasos fondos que le destinaba su padre y le proporcionaban sus conocidos, se los alargaba, su mano benéfica y generosa. Á un tiempo mismo parecia como que Felipe se multiplicaba, no faltando un solo momento ni á la continua oración, ni á los públicos ejercicios de piedad, ni á la asistencia de los enfermos en los hospitales, ni al cuidado de los menesterosos y pobres. Á la práctica cristiana de la visita de las siete iglesias conducía en pós de sí una inmensa comitiva de jóvenes, á quienes dirigía su voz de vez en cuando; los instruía en las verdades eternas, y los aficionaba á la virtud y pureza de costumbres. En las plazas, en las calles todas de Roma, en los paseos, en las tiendas, y hasta en los teatros, se hallaba siempre Felipe, reprendiendo los vicios, inspirando las virtudes, sin otra autoridad ni misión que la que le daba el buen olor de las suyas y su ejemplar conducta. En los hospitales servía y consolaba á los enfermos, los limpiaba y daba alimentos y medicinas, insinuándose dulcemente en las oportunidades para instruirlos en los deberes cristianos y en la necesidad de reconciliarse con Dios. Muchos de esta clase hubo, que se aprovecharon de sus consejos en estos lanceos, de tal manera, que de pecadores perdidos, salieron cristianos ejemplares y justos. En el cuidado de los pobres ponía tanto esmero y vigilancia, que ni se le ocultaba necesidad alguna por desconocida que estuyese, ni le faltó nunca el medio de socorrerla. Cuán grato fuese á Dios este servicio lo acreditó aquel inaudito prodigio, que refiere la bula de su canonización. Felipe iba de noche, según costumbre, á llevar el preciso alimento á familias pobres; al huir de un coche cayó sin verlo en una zanja profunda, en la que sin remedio hubiera perecido, si Dios no le enviara un ángel, que, aséndolo por los cabellos como al profeta Habacuc, lo sostuvo y puso fuera de peligro.

En la oración era tanta su ternura, su emoción y piedad, que puede decirse sin temor de exagerar, que se unía á Dios tan íntimamente como los bienaventurados en el Cielo. El Señor le colmaba de dulzuras, de gracias y de fuego de amor celestial, en tales términos, que se le veía rendido caer en el suelo atetargado y exclamando: «Basta, Señor, basta; no me abruméis más con vuestros favores; retiraos de mí, porque sinó moriré.» Otras veces prorrumpia como el profeta: «Mí corazón se ha enardecido dentro de mí, y en la meditación de las bondades de mi Dios, se abrasa de fuego.» Ocupado en este santo ejercicio continuamente, revolviendo en su imaginación el gran pensamiento de ser útil á Dios y á sus prójimos, y no hallándo-

lo compatible con el retiro y vida solitaria á que se inclinaba, el Señor le instruyó con dos admirables visiones de la manera con que podría ser anacoreta en medio del mundo. Se le presentó el Bautista predicando penitencia, á pesar de que su destino era para el desierto; y además, otro penitente con los símbolos de tal, pero en medio de una plaza. Con estas visiones, y el precepto expreso de su confesor, trató de elevarse al sacerdocio, aunque lo habia evitado con todas sus fuerzas.

Desde esta época, señores, veo yo á Felipe Neri, no como un santo privilegiado, á quien Dios instruyó en los sublimes arcanos de la divina sabiduría, y el sentido verdadero para agradar al Señor, para santificarse á sí mismo, y consagrarse todo entero al bien de sus prójimos; veo más todavía: veo lo que aún no se habia visto en ningún santo: veo á la misma Sabiduría y su divino espíritu descender sobre Felipe, obrar sobre Felipe, é inspirarle las cosas y santas instituciones que tanto le honran y hacen memorable; veo, en fin, para hablar claro, lo que Dios hizo con Felipe y por medio de Felipe.

«Si alguno me ama, observará mis mandamientos, y mi Padre le amará y vendremos á él y haremos mansion.» Esta sentencia luminosa y divina, que envuelve una promesa tan dulce y consoladora, y que la hizo Jesucristo á sus Apóstoles ántes de apartarse de ellos para subir al seno del Padre, fácil es ya conocer si se verificó en S. Felipe Neri, por los antecedentes sentados hasta aquí; fácil es conocer el cúmulo de consecuencias y estupendos resultados, aunque no se puedan explicar todos; porque no es fácil penetrar todo su valor, y mucho ménos hallar términos con qué expresarlos. Porque, hermanos míos, si ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni jamás cupo en el corazón del hombre la abundancia de bienes y delicias que Dios prepara á los que le aman, sin penetrar nosotros en lo interior del alma pura de Felipe, y aún asimismo, sin ir alumbrados de la luz de la Gloria: ¿cómo es posible comprender cuánto fué lo que obró en él la divina Sabiduría, ya para premiar su amor y deseo, ya para que redundase en beneficio de sus prójimos y para bien de las almas? Me parece que el mismo Santo, puesto en un caso igual al de los amados discípulos del Tabor, caería atónito y abrumado en un dulce deliquio, sin poder soportar el enorme peso de tanta gloria. La historia nos lo dice, y la bula de su canonización lo testifica: parece como que andaban á porfía Dios y Felipe; Dios, para premiarle su amor; Felipe, para amarle más. Cierta día de los de la Pascua del Espíritu Santo estaba en oración: su corazón encendido se enfervorizó en dulces coloquios, pidiendo al divino Espíritu le llenase de sus dones; y

hé aquí que de repente se siente abrasado con una llama de encendido fuego; y se halla inflamado en tan noble incendio de amor divino, que sin poderse contener á sí mismo, salta de pié inmediatamente como el que se abrasa; trata de descubrirse el pecho, y se halla con una alegría tan singular, que le llena y embriaga su alma. ¡Oh prodigio inaudito, nunca concedido á ningún mortal, despues de los Apóstoles! El Espíritu Santo descendió sobre Felipe tambien en forma de fuego, y dilató su pecho para que le sirviese de morada, rompiéndosele dos costillas, pero sin que sintiese dolor. Ahora si que puedes decir ¡oh Santo mio! que te se han cumplido tus deseos, que ha sido tu oración oída, y que el fuego de lo alto ha descendido y ha penetrado tus huesos, y te ha enseñado el divino amor! Si, sacerdote santo, más privilegiado que todos, porque más que todos amas á tu Dios.

Felipe Neri, señores, vive ya solo en Dios y para Dios, en cierto sentido, divinizado; sus proyectos, en adelante, sus obras gigantescas y portentosas son obras de la divina Sabiduría. Como el Apóstol puede Felipe decir: «Vivo yo, pero no yo, porque vive en mí Jesucristo;» vive en mí su sabiduría, su divino espíritu. De tan glorioso principio, de fuente tan limpidísima saltan las aguas de gracia, sabiduría é ilustrada caridad con que riega y fertiliza la Iglesia de Jesucristo. La primera de sus memorables y santas fundaciones la tenemos á la vista: en la vela y oración continua ante el augusto Sacramento. Acostumbrado toda su vida á la oración, hallando en ella y solo en ella las delicias anticipadas de la Gloria, luego que juntó cierto número de seguidores y discípulos, estableció una confraternidad, cuyos individuos oraban hasta cuarenta horas en presencia de Jesús sacramentado. Esta devoción vino muy pronto á ser autorizada por los sumos pontífices Clemente VIII y Paulo V, y á propagarse en Roma por todas las iglesias, y despues por todo el mundo católico. ¿Lo ignorabais piadosos congregantes del Jubileo de las Cuarenta horas? Pues sabedlo: sois hijos del gran Felipe Neri.

Su encendido amor á Dios era seguido y hermanado del amor al prójimo: sus visitas á los enfermos, sus cuidados para con los menesterosos, y su afición á socorrer á los desamparados, peregrinos y convalecientes, le inspiraron el gran pensamiento de abrir un asilo para todos; y lo hizo, primero, en la iglesia de S. Salvador, en campo y casas contiguas; y despues, en la de la Santísima Trinidad de Puente Sixto, en donde hoy subsiste la famosa Cofradía llamada del Peregrinos, confirmada por Pio IV. La caridad tierna é insinuante

de Felipe atrajo á varios compañeros que le ayudasen, y á toda la nobleza romana, que contribuyó con sus caudales para sostener muchos miles de peregrinos, que se juntaron ya en el jubileo del pontificado de Julio III. Felipe, no solo admitía los que se presentaban, sino que los buscaba por toda la ciudad y los campos, para que no sufriesen incomodidad de ningún género.

Observad, hermanos míos, y vereis cómo la divina Sabiduría sella y caracteriza los actos de nuestro Santo, de una manera particular, y con formas privilegiadas, no conocidas todavía. Norma de virtuosos y sábios sacerdotes, Felipe Neri coronó sus obras, y dió pasmosa cima á sus grandes proyectos, y asombró á los venideros siglos, con la ilustre y distinguida fundacion de la Congregacion del Oratorio: corporacion la más sabia y piadosa con que se ennoblece la Iglesia católica romana; corporacion distinguida por su esencia, por su objeto y por sus circunstancias todas. En ella se cumplió la profecía que hizo el Señor á Felipe, cuando quiso marchar á las Indias en lugar de San Francisco Javier, diciéndole: «Tus Indias están en Roma:» en esta ciudad tuvo ya efecto aquella otra vision misteriosa, en que se le demostró, que sería anacoreta en medio del mundo; porque esta su santa institucion heredó por completo su espíritu duplicado, como Eliseo el de Elias; y su destino en la tierra era y es, el de predicar á las gentes, y el de ganarlas para Dios con el saludable ejemplo de la virtud libre, alegre, pero modesta de sus hijos.

Bien sé, hermanos míos, que las comparaciones y paralelos de virtud y virtud entre los Santos, son malsonantes y prohibidas; pero sé tambien, y es de fé, que para la hermosura y grandeza de las obras de Dios, la sabiduría y justicia eterna han designado á los justos diversos oficios, y repartidos diferentes grados de gracia tambien para su fiel desempeño. Así, pues, no puedo ménos de conocer, que si á otros santos indicó el Señor un camino comun y trillado, á Felipe señaló otro, por el cual ninguno habia aún andado. Los fundadores de institutos religiosos tomaron todos por tipo y regla comun el retiro del mundo, y la observancia por votos de los consejos evangélicos. Felipe lo entendió de otro modo: Felipe quiso que sus hijos viviesen en medio del mundo, y en él fuesen perfectos; que comiesen y bebiesen, como Jesucristo con los publicanos y pecadores; que se acercasen á los comerciantes y gente del mundo; que admitiesen á las meretrices arrependidas; y que tratasen con todos, para ganarlos á todos, cual el Apóstol. Y todo hecho libremente, sin votos ni compromisos. Los demás fundadores, en medio de su abstraccion, allegaron exenciones y privilegios para sus Órdenes, acaso preciso lo uno y lo

otro por las especialidades de sus institutos. Felipe y los de su Oratorio fueron siempre, son y serán presbíteros seculares, y no más, sometidos al derecho comun de la Iglesia; pero tan ejemplarmente humildes, que desde los primeros dias se vieron á los cardenales Baronio y Palavicino, hijos de Felipe, llamarse, aquél, cocinero perpetuo; y éste, ir tres veces al dia á tomar órdenes de Felipe.

San Juan de los Florentinos y Santa Maria de la Vallicella serán monumentos eternos del saber virtuoso y humilde de Felipe Neri. Las virtudes de Felipe, su humildad alegre y jovial, su angelical pureza, su ardiente celo por la salvacion de las almas, su continua y fructuosa asistencia al confesionario, y aquel anhelo constante y decidido por el decoro y magnificencia del culto; aquellos tan devotos y continuados ejercicios, siempre animados con la solemne exposicion y presencia augusta del Santísimo Sacramento, y siempre gratos y variados con las melodias y bellos episodios de la música, le acreditaban de un finísimo tacto y de una discrecion y prudencia exquisitas. Si; el espíritu de la Sabiduría divina brillaba en sus obras, y sus obras se han perpetuado en sus hijos. ¡Discrecion, he dicho! ¡Si el Señor le dió ese don! ¡Si conocia y comprendia los secretos del corazon humano! ¿Cómo, pues, no buscaria los naturales y más propios resortes para ganarlo? Angel en carne humana, ú hombre sin carne, obtuvo tambien el privilegio de no sentir tentaciones en sí, y el de conocer por el olfato á los que estaban contagiados con el vicio impuro. ¿Cuántas almas no ganó á Dios con estos dones preciosos! ¿A cuántos no arrancó de las garras del demonio!

Pero, ¿y cuándo no fué la virtud perseguida? ¿Cuándo el mérito recompensado? ¿Y más cuando el Infierno perdía con Felipe sus diarios prosélitos? ¡Ah! Los hombres perversos, y los demonios irritados, declararon cruda guerra á Felipe, porque Felipe, á su vez, se la tenía á todos ellos declarada: le tendieron lazos, para probar y hacer sucumbir, si posible fuese, su inocencia; le accharon, le infamaron, le persiguieron, mas en vano; su pureza, su honor y su virtud quedaron más brillantes y acrisoladas con el fuego de la persecucion y la calumnia. Dios permite que las obras buenas experimenten obstáculos, para que vencidos, hagan ostentar su valor y su mérito. Felipe los superó todos; y en su Oratorio se dió principio á la frecuencia de sacramentos, que ya no usaban los cristianos tibios y descuidados; se llevó al más alto punto de decoro la suntuosidad en los divinos oficios; y se hizo casi continua la oracion y ejercicios devotos. Él perpetuó una generacion de sacerdotes santos, sábios y celosos del bien de las almas; pero desinteresados, mo-

destos, humildes y libres. Su vida toda, en fin, fué dirigida por la Sabiduría divina, que le inspiró la verdadera inteligencia y sentido con que se había de santificar á sí mismo y á sus prójimos. En premio de su grande y seráfico amor á Dios, el Señor obró en él y por él los prodigios más inauditos y portentosos. Deseó la sabiduría, y se la dió; pidió é invocó al Señor, y le envió su espíritu.

He concluido lo que prometí: falta solo que nosotros imitemos al gran Felipe Neri; que deseemos como él la sabiduría; que la invoquemos y la merezcamos, amando mucho á Dios y al prójimo. No será poco adelanto la devoción á este distinguido Santo; yo os la recomiendo, para obtener la pureza, la devoción y la caridad perfecta, y, sobre todo, la salvación eterna. ¡Ojalá que el Señor nos la conceda! Y tú, Santo mio, pide y alcanza para nosotros el dón de inteligencia en el sentido de la sabiduría celestial: ruega, pide al Señor, que se digne, clemente y pío, echar desde el Cielo una mirada amorosa sobre tu viña, plantada con la virtud de la diestra del Excelso; sobre tus buenos y virtuosos hijos los sacerdotes del Oratorio; sobre todos los cristianos; en fin, sobre la Iglesia de Jesucristo; y que la consuele, la dé paz y enjugue sus lágrimas. No te olvides, Santo mio querido, de este sacerdote, el menor y más imperfecto de todos; y que el Señor me mire con misericordia, acepte mis pobres trabajos y padecimientos, y me perfeccione, como debo estar y ser á sus divinos ojos; sí, Dios de bondad, te lo pedimos todos y te lo pide Felipe. Confiamos todos, hermanos míos; Dios nos ve y oye; nos perfeccionará, si lo ganamos, como á Felipe Neri; y nos llevará tambien, como á Felipe, á la morada eterna de los justos, que es la Gloria.

---

PANEGÍRICO  
DE SAN FELIX AFRICANO,  
DIÁCONO Y MÁRTIR, APÓSTOL DE GERONA.

---

*Qui vicerit dabo ei sedere mecum in throno meo.*

Al que venciere le haré sentar conmigo en mi trono.

(APOC. III, 21.)

¡Vencieron! Esta palabra ha formado en todos tiempos el elogio de un sin número de hombres aguerridos, que, luchando en diversos sentidos en defensa de intereses más ó ménos dignos, lograron contra sus enemigos victorias, que les valieron un nombre ilustre en las páginas de la historia. ¡Cuántas veces, empero, el dictado de vencedor se ha atribuido á personajes, cuyas acciones les merecían el de tiranos y verdugos! Vencieron los Jerjes, vencieron los Alejandro, vencieron los Césares, vencieron otros mil en la dilatada serie de siglos, que han trascurrido desde que el génio de la guerra inoculó su mortal veneno á los hombres; pero ¿cuál fué el resultado de sus victorias? La tierra empapada en sangre inocente, los campos cubiertos de cadáveres, las provincias asoladas, los pueblos devorados por las llamas, la virtud violada, y los gritos de la humanidad desatendidos; hé ahí el fruto de los triunfos de esos hombres á quienes el paganismo, sobre todo, prodigaba el nombre de héroes, y ofrecía laureles, y grababa sobre sus sepulcros la inscripción: ¡Vencieron!

El cristianismo cambió las nociones de las cosas que el error y las pasiones habían trastornado; y dando á los hombres verdades positivas, en cambio de las extravagancias que sustituyeran á las primitivas tradiciones, evocólos á sentimientos más dignos de su origen. Era la luz que estaba llamada á alumbrar el mundo; y á medida que ha extendido por la sobrehaz de la tierra sus esplendentes rayos, los hombres se han persuadido, de que no es vencedor admirable el que sabe ven-